



NUM. 183

BARCELONA, 8 NOVIEMBRE 1902

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid



(A MI AMIGO MANUEL SORIANO SOUQUILLO)

En casi todos los pueblos de la patria de Don Alfonso el Sabio y de *Bombita chica*, en llegando el día 1.º de noviembre, es condición *sine qua non* para que la gente se distraiga la noche de Todos Santos, el asistir á la representación del drama fantástico religioso de Zorrilla, intitulado *Don Juan Tenorio*, en el teatro improvisado al efecto.

El año pasado presencié en un pueblo cuyo nombre no hace al caso, el asesinato (con premeditación, alevosía, ensañamiento, nocturnidad y demás circunstancias agravantes) del *drama* de Pepe Sorilla (así en confianza), como me decía un *mozo del partito*.

Un día del mes de octubre del pasado año, encontrándome en mi casa ocupado en los trabajos propios de mi profesión, me anunció mi criada la visita del guarda de término del pueblo de X (donde soy algo conocido); ordené á la fámula que le hiciera pasar al saloncillo de mi despacho, é incontinenti me dirigí á la estancia ocupada por mi visitante.

Después de cruzarnos los saludos de rúbrica, díjome el forastero:

—A usted le estrañará, señor don Celipe, esta visita, cuyo ojetivo es molestar á usted á ver si puede proporcionarnos algún admenicuo, pa poder hechar dos á tres funcionicas de *Don Juan Tinorio*.

—Veré el modo de complacerte,—le respondí,—pero antes, dí ¿con qué elementos contáis para poner en escena dicha obra?

—Verá usted: en lo respectivo al Colisado, como dicen ustedes, hemos aprovechado el espacioso granero que en su mesma casa tiene el tío Aguardentero. Allí se reúnen todas las noches el Secretario del Ayuntamiento, que es el que nos amaestra á toos; Homero y Romero hijo y sobrino respetivamente del alcalde. El primero hace D. Juan y el segundo D. Luis. La hija del tío Botonero... Purica...

—¿La joven para tan ídem como casta se encargará del papel de Doña Inés?

—Justo; y su futuro consorte desempeñará el papelico de D. Diego. Este servidor, el de *Cuti y...* á toos los demás comediantes les cuadra mu bien el personaje que se les ha encargado.

—Pues volviendo al asunto, yo aunque no poseo nada de lo que vosotros podáis necesitar para esa función, te indicaré una casa roperia donde os proporcionarán cuanto os haga falta, por un módico precio.

Mandé á un criado que le acompañara á una roperia y se despidió de mí el susodicho guarda, invitándome á tan cacareada función.

Llegó el día de Todos Santos y juntamente con dos amigos, me dirigí al vecino pueblo de X. Por la noche nos encaminamos al teatro. Este se hallaba instalado en los graneros del tío Aguardentero. En uno de los extremos de dicho local habían levantado un tablado. En la pared del fondo del escenario, un pintor de brocha gorda, pintó una decoración ó cosa por el estilo que los *comicos* llamaban pomposamente «Decorao de Selva». Además de esta decoración tenían un «Salón cerrado». A una distancia de tres ó cuatro metros del «Decorao de Selva», suspendida del techo se veía una gran sábana que hacia las veces de telón de boca. No existía concha para el apuntador porque los actores sabían los papeles de memoria, según ellos decían. El público se sentaba en viejas butacas forradas de bayeta y re-

llenas de lana, que procedentes de un teatrillo de un pueblo cercano habían adquirido en pública subasta los organizadores del espectáculo.

A la hora señalada en el pregón que se hizo oportunamente, el alcalde agitó el pañuelo y... al levantarse el telón apareció en el centro del escenario un enjambre de chiquillos alborotando á más no poder; á la derecha del espectador veíase á D. Juan escribiendo la consabida carta. Después de cinco minutos de infernal bullicio nuestro héroe dice: «Retiraos por ese portalón, niños» (así lo hacen los chicos). Se terció la capa y prosigue:

Bastante gritan esos malditos

(y no se oye una mosca)

pero un mal rayo aquí me parte
si al concluir esta misma carta...

(enseña la carta á todos los espectadores)

no les atravieso de parte á parte.

La obra se deslizaba entre un silencio sepulcral; mis amigos y yo nos mirábamos y hacíamos inauditos esfuerzos por contener la risa.

Viene la escena en que D. Juan y D. Luis cuentan sus hazañas. Aparecen dichos personajes seguidos de dos criados; saludan al público con una inclinación de cabeza é inmediatamente los criados despojan á sus respectivos señores de las verdes mantas con que iban embozados; después les dan un pañuelo para que se sequen el sudor y desaparecen (los criados).

Siéntanse ambos conquistadores en dos sillas que están desbalijadas, casi rotas. A D. Luis, que está según propia confesión, *despreciablemente delgaduchó*, nada le ocurre, pero D. Juan que es excesivamente grueso y que gesticula como un energúmeno, llega á la mitad de su relación y no puede seguir, por que no se acuerda; empieza á hacer gestos y trabucando versos, dice:

«Yo á mi razón arrollé;
yo á mis mujeres vendí;
yo á la justicia burlé...

Al decir «burlé» se hunde el asiento de su silla, queda nuestro héroe empotrado entre los barrotes de la misma y al ver que todo el mundo se ríe á mandíbula batiente del percance que ha sufrido, termina la cuarteta con el verso:

¡y vosotros os burláis de mí!»

Habla entonces D. Luis: «Al público: En virtud del síncope de mi compinche D. Juan, véome necesitado de dar por transcurrido este mismo acto.»

Cae el telón.

Mis amigos y yo nos salimos del teatro con el propósito de volver más tarde á presenciar el *deseñala* de *del dracma*.

Cuando por segunda vez entramos en el coliseo, estaba representándose la escena del sofá.

Figúrense ustedes lo tierno que se pondría D. Juan diciéndole á Doña Inés:

«¿No es verdad angel de olor...»

que el novio de la interfecta tuvo que amonestar repetidas veces al atrevido galán para que no representara tan al vivo su papel. Las amonestaciones del novio y las protestas del público, no fueron obstáculo para que el *fogoso* conquistador permaneciere pegado á Doña Inés, como los sellos á las cartas. El público en vista de que sus gritos para nada servían (y aprovechando la ausencia del alcalde) tuvo



A bien completarle la sillería á D. Juan, arrojándole algunas butacas. Se armó el tiberio consiguiente y... cayó el telón. Después del tiempo necesario para limpiar el ruido de los proyectiles que los espectadores habían arrojado, alzáse la sábana y aparecen D. Juan, D. Luis y el Comendador.

Sin mediar palabra alguna, el primer personaje coge un revolver, apunta al Comendador y aprieta el gatillo... pero ¡ay! el tiro no sale. Repite la operación y cómo si *na!*

Entonces el Comendador cae desplomado al suelo, no sin exclamar antes con acento dolorido: «Don Juan, esa bala envenenada me *la matado.*» (El delirio en el público.)

En medio de un pitoreo mayúsculo comienzan á cruzar las espadas los dos supervivientes; pero las cruzan con tal fuerza y las espadas son tan malas, que la de D. Luis se rompe en tres pedazos á las primeras de cambio. En tan apurado trance D. Juan se tira el *estoque* á la cara, cita á su contrincante y este da un paso hacia el *mataor*, reflexiona breves instantes y haciendo un solemne mutis se retira por el foro. Homero ciego de cólera dirigiéndose al público:

«He llamado al cielo y no me oyó,
y como las puertas me cierra,
de lo que pase en la escena
responderá D. Luis; yo, no.

Dicho esto se encamina á la ventana por donde ha de tirarse al Guadalquivir y un grupo de guasones empieza á cantarle:

No te tires Reverte,
no te tires Reverte...

Don Juan completamente azorado, *no se tira* y empieza á llorar.

El público vocifera. *Por fin* cae el telón. Se origina un fuerte altercado entre dos ó tres parientes del improvisado Tenorio y los jóvenes que le cantaron «No te tires...» De las palabras pasan á los hechos y suenan diez ó doce bofetadas de las de padre y muy señor mío.

Acude gente. Separan á los alborotadores y al quedar, aunque momentáneamente, restablecida la calma, mis amigos y yo miramos al escenario.

¡Cuál no sería nuestro asombro al ver al lloroso D. Juan, á D. Luis, al Comendador y demás cómplices de la obra, haciendo reverencias al público en señal de agradecimiento!!

FELIX MARIA YULDE



V. Casabianca: UN PASO ESTRECHO

mar á merced del temporal... Las tempestades,—decía,—se habían hecho para probar los buenos marinos.

El armador visitó el buque, habló largamente con el nuevo capitán y al fin le hicieron entrar en el camarote donde se encontraban y le dijeron sin rodeos que se hacía viejo, ya era hora de que se retirara de aquella agitada vida, y... que habían acordado dejarle fuera de la tripulación.

Al pronto quedó sin saber lo que le pasaba, después, lloró, suplicó, acudió á todas las razones que pudo encontrar en su congoja y hasta llegó á arrastrarse á los pies de aquellos hombres; acaso no comprendían que dejarlo en tierra, impedirle continuar habitando aquel buque era matarle; era tanto como arrancarle á pedazos el corazón. ¡Oh! Si no le atendían, es que no amaban el mar como él y entonces no debían, no podían arrogarse el honroso título de marino.

Al fin el armador pareció apiadarse, sin duda, recordando los grandes beneficios que en otro tiempo le prestó y accedió de mala gana á que hiciera aquel viaje, pero que tuviera en cuenta que era el último y juraba por su madre que ni súplicas ni lágrimas volverían á ablandarle.

Hizo el viaje, un momento, porque esto le parecieron los tres meses que duró la navegación, siempre con la idea tristísima fija en su mente de que iba á ser el último. Y al llegar aquí en su trabajo mental,

en aquella mirada á su vida entera, quedó como adormecido, con la cabeza sepultada entre las manos y con los ojos preñados de lágrimas.

De pronto levantó la cabeza y quedó aterrorizado; la tierra, la aborrecida tierra se divisaba á dos millas escasas de distancia; los muelles alargaban sus enormes brazos de peñascos amontonados desafiando las olas y sobre ellos se divisaban multitud de personas que, tal vez, enteradas de la llegada de aquel barco, lanzaban gritos de júbilo y alegría, que claros y distintos llegaban hasta

los oídos del viejo. Su palidez crecía, el temblor agitó su cuerpo con violencia y parecía por momentos que iba á caer exánime sobre el pavimento de aquella *Felicidad* tan querida... Más de pronto se irguió, se desarrugó su frente y de sus ojos parecieron brotar vivos resplandores de dicha; una idea que confusa é indeterminada ha tiempo vagaba por su mente presentósele clara y distinta; tenían razón todos, no aprovechaba ya para nada, el mar le esperaba en su seno, veía escrito en los festones de las aguas que una tumba en las arenas del fondo, esmaltada de corales aguardaba su cuerpo: era la última felicidad que el líquido elemento le ofrecía, y á fuer de amoroso hijo no podía despreciar su obsequio.

Pero no pudo llevar á cabo su intento; en el mismo momento que balanceaba su cuerpo para ir á reunirse con las on las marinas, un robusto marinero, que vió sus agitados movimientos comprendiendo su designio le sujetó.

Otros compañeros acudieron á las voces y entre todos lo tuvieron bien cogido, allí, en el mismo lugar donde quiso ejecutar su intento, mientras, presa de violenta cólera pretendía en vano desasirse de los brazos que le tenían prisionero.

Bien pronto entraron en el antepuerto, y los espantados ojos del viejo quedaron asombrados ante la vista de parajes para él muy conocidos; la casualidad hacía que en este su último viaje, fuese á terminar su vida marítima en el mismo lugar donde la principió, á su pueblo natal.

Pero los hombres que le sujetaban notaron que á medida que avanzaban, los movimientos del anciano eran menos bruscos, le soltaron y quedaron admirados; había olvidado su intento; en lugar de arrojarle al agua, corrió á la barandilla y quedó mirando con ojos curiosos y admirados cuanto le rodeaba; sus mejillas se llenaron de lágrimas, su rostro de pesar, como si se arrepintiese de lo que pretendiera hacer; después sus facciones resplandecieron de alegría y de entusiasmo y hasta pareció, que cogiéndose del enorme bauprés pretendía con sus fuerzas de viejecillo empujar al buque hacia la tierra.



Volvieron á desordenarse sus movimientos, parecía un loco, y dió un salto como si quisiera llegar cuanto antes hacia un punto del muelle; los marineros volvieron á sujetarle, pero él, mientras que con fuertes sacudidas luchaba por desasirse, sonrióse y les señaló hacia un lugar que miraba con insistencia.



antiguo capitán, un niño, dando saltos y con los bracitos levantados en el borde mismo del muelle, gritaba mirándole, con toda la fuerza de sus pulmones de ocho años: ¡Abuelo... abuelo!

F. ROMERO GARCIA

FEMENINAS

Me engañaste una vez, aunque con creces,
mas tanto á mis placeres halagabas,
que te engañé yo á ti las otras veces
haciéndote creer que me engañabas.

Ya te dije cierto día,
que no hay nada, vida mía,
que al final no nos abrume,
pues si el deseo consume
la posesión nos hastía.

Lástima que la hermosa
en el amor casi implacable sea,
y que en cambio, la amable y bondadosa,
sea por regla general la fea.

Ayer, pèrrido, engañé
y hoy el engaño pagué
al engañarme tú á mí,
y si gozas al triunfar,
yo también gozo al pensar
que te han de engañar á ti.

Al principio en sus cartas te decía:
«Escribe con frecuencia, vida mía»,
y hoy, al ver que sus cartas no recibes,
le dices con frecuencia: «¿No me escribes?»

Cuando él no despertaba tu pasión,
pretendía subir por el balcón;
y ahora, que empezas á quererle amar,
le abres tu puerta y se resiste á entrar.

Me dejaste por pobre, y no lo olvidas
mi corazón, mientras que tenga vida;
satisizo él tu orgullo soberano,
y le entregaste sin amor tu mano...
Hoy se cierto que estás arrepentida,
al verte convertida
en la simple enfermera de un anciano.

JULIO DE HOYOS

A UNA PRESUNTUOSA

SONETO

No presumas jamás de ser hermosa,
aunque el mundo te diga que lo eres;
que solo en apariencia, las mujeres,
nos muestran su beldad esplendorosa.

No tiene aromas la melena nudosa,
ni espíritu en el rostro hallar esperes;
más si acaso en tu faz aquesto vieres,
piensa cual se marchita gentil rosa.

Que es lo bello cristal presto empañado;
ilusión que al nacer su muerte empieza;
arroyo que el estio ha desecado...

Si tu sin par é insólita belleza
una vez por tu mal se ha deslustrado,
¡con nada ya, recobra su pureza!

MANUEL MARIN GARNICA

Con el p
los señores
res el cuac
album JO

BIL

Esta Bil
tomas en
páginas,
mo, y con
insignes r
dernos, pu
la última
y la econ
traducida
y pulcritu
el original.

Hasta a
siguientes
El asesi
Carlos Ba
Magda
L. Jacolli
El teson
venson.

El crin
por L. Jac
Orso, po
El Hijo
Las idg
nio Hous
La nec
llo Perrin
Para pe
nistración
za de Tet

Bajo
no hay
que sen
como lo

Por sab
preguntó
á un quín
Y este dij
provincia

MNA

Los tro
meros inc
que se re
respond

RESERV

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 45.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora han publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenekiewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Housaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

••

Bajo la capa del sol no hay *Magnesia efervescente* que sea tan excelente como lo es la SAN IMOL.

RASPA

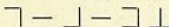
Por saber el Batallón, preguntó el sargento Añón á un quintó:—¿Ea usted de América? Y este dijo:—Soy de Jérica provincia de Castellón.

M. PÉREZ SERRANO

Es una cosa muy cómoda poder dejar de sufrir de los callos, empleando tan solo el LADIVONSIM.

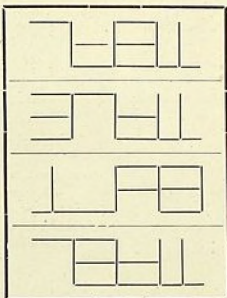
COMBINACIÓN DE LETRAS ARTIFICIOSA

Sustituir los seis signos siguientes por otras tantas letras:



(Las dos rayitas horizontales son sus minas (letras))

y según se combinen estas seis letras, los signos dan las cuatro figuras y significados siguientes:



- 1.—Nombre de mujer.
- 2.—Pieza cosida de plaitas de esparto.
- 3.—Adorno de las mujeres.
- 4.—Pedazo de marfil, etc., de que usaban los romanos para el santo y seña.

Averiguase que letras son y descompóngase cada figura en fragmentos para saber el orden que ocupan las letras.

Las soluciones en el próximo número

ABREVIACION DE FRAGMENTOS, por Novejarque



Los tres fragmentos que en la parte superior están señalados con números indican que estos se repiten en el resto del jeroglífico y los sitios que se repiten son los que están los tres cuadraditos con su número correspondiente en el centro.

CANTARES, BATUROS

Dicen que la dentadura mascando turron se pierde... ¡Cuántos tiran del turron y no se les caen los dientes.

¡Rediez y qué colorao y qué gordote te has presto, me paice que te has colao á comer del presupuesto.

No lloro porque m' olvidas, ni lloro porque m' engañas; lloro por mi madreica... ¡por mi madreica patria!

M' han dicho maña, que piensas coleccionar animales pus te vas al manecipio y te traís los concejales.

TEODORO E. GUZMÁN

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Frase figurada.—Por carta de más, ó de menos.

Acertijo.—Avicena.

Jeroglífico comprimido.—Una letra á ocho días vista.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. de L.—Barcelona.—El cuento del Tío Juan es gracioso, pero el final... ¡amigo, que final! El del Marido, etc., es algo descuidado, y el Castilleo peca de largo y la forma no está á la altura del asunto. De todas maneras se ve que tiene usted condiciones para hacerlo muy bien.

J. R. B.—Valencia.—Pero, hombre, ¿me toma usted por tan estúpido que quiere endosarme como original de usted el Quéctaur, que me sé de memoria desde antes que naciera usted? ¡Y que modo de estropear poniendo Fresno en vez de Enrique! ¡Compadrezo á la señorita I. Z. B. á quien le dedica usted su inspirada composición!

M. B. ó como sea la firma.—Mérida.—El Dia de difuntos no sirve.

R. L. F.—Valencia.—Irán los versos. Para adquirir los cuadernos hay que comprar los números á que van adjuntos, enviando su importe que es un real el número.

F. G. S.—Valencia.—El cuento saldrá con los dos dibujos grandes; el pequeño no resultaría. Se está haciendo otro, pues no habría bastante con los dos.

J. P. de L.—Barcelona.—Para adquirir los folletines hay que adquirir los números respectivos.

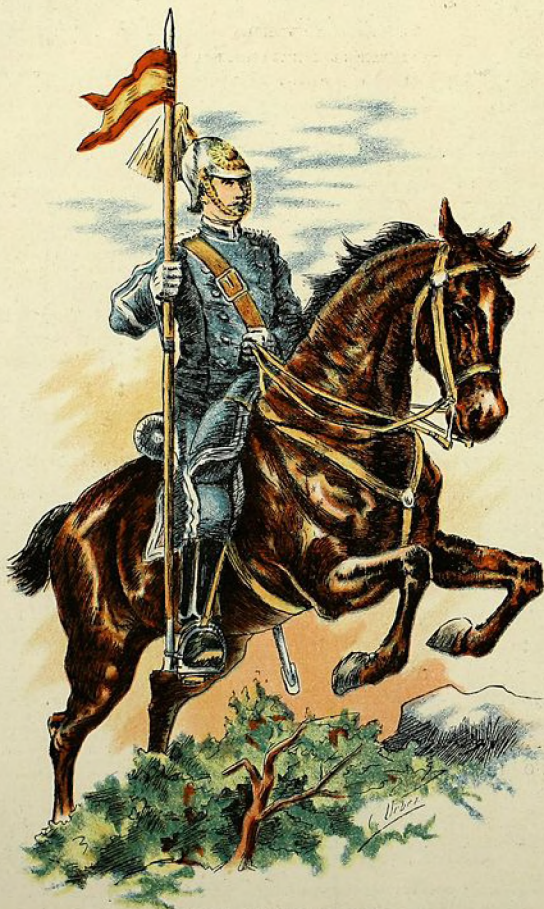
E. S. G.—Málaga.—Ya se le enviaron los números.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

REDACCION Y ADMINISTRACION DE LA "PEPITORIA" EDITORIAL "LA JERÓNICA", PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ESPAÑA



CAVALLERIA: LANCERO (TRAJE DE GALA)